

LIBROS / Entrevista

Hebe Uhart

“Quiero que me salgan plumas nuevas”

Hebe Uhart salió de su zona de confort, la narrativa, para explorar las crónicas de viajes. “Se me agotaron las ganas de escribir ficción. No quiero volverme autómatas”. En 2016 publica un libro sobre pueblos indígenas. Por Leila Guerriero

VIAJÉ MUCHO ESTE año. Ocho viajes. Unos cortos y otros largos. Uno por mes, desde marzo a noviembre.

Sentada ante la mesa de la sala de su departamento, en Buenos Aires, de espaldas al balcón en el que cultiva plantas y hace asados a los que invita a escritores amigos, casi siempre muy jóvenes, la escritora argentina Hebe Uhart enumera, en orden y desorden, los sitios a los que viajó durante 2015: Bogotá, Lima, Quito, Otavalo, Resistencia, Tucumán, Carmen de Patagones, un movimiento fuerte por regiones en las que siguió los rastros del tema que guiará su próximo libro de crónicas de viajes. *De aquí para allá*, que publicará Adriana Hidalgo en el segundo semestre de 2016: las comunidades indígenas. Eso que la corrección política llama “pueblos originarios” y que ella, al estilo uhartiano, llama “indios”.

En Lima estuve con una pareja. Rebeca, una maestra peruana que se enamoró de un indio shipibo. Con ellos fuimos a visitar a una artesana que vivía en lo que en Lima se llama pueblo joven, que son nuevas villas miserias. Hacia cosas hermosas pero estaba un poco resentida, como las personas que están dispuestas a vivir en un lugar mejor. El indio shipibo, criado en la selva, contó que su mamá lo había dejado, porque el ritual en la selva es que tenés cinco hijos y dejás uno a la intemperie, y que el abuelo de la artesana lo había sacado y lo había criado, y él dijo en un tono normal: “Agradezco al abuelo de fulanita que me sacó”. Como quien agradece a alguien que te sacó de un atasco de autos. ¿Si o no? ¿Si o no?, preguntará muchas veces, como si la frase fuera a la vez una certeza y la necesidad de averiguar. Y eso, averiguar, es lo que ha estado haciendo en los últimos

años, abandonando el cuento o la novela corta, ese terreno que maneja con destreza y que la puso en el lugar de “la mayor cuentista argentina contemporánea”, según el escritor Rodolfo Fogwill, para abrazar un oficio desconocido: la crónica de viajes.

—Yo empecé a hacer los viajes porque se me agotaron las ganas de escribir ficción y me pareció más revelador salir por el mundo a mirar. Pero si sigo haciendo viajes tengo que pensar qué es lo que hago. Porque no quiero volverme automática. Yo quiero que me salgan plumas nuevas.

Así, a una edad en la que muchos se entregan a la placidez que otorga el prestigio, esta mujer nacida en 1936 hizo el movimiento inverso y dejó todas sus certidumbres y comodidades para echarse a los caminos.

Nació en Moreno, un suburbio de la ciudad de Buenos Aires, y a primera vista su ADN podría describir la esencia de la argentinidad de clase media: hija de descendientes de italianos y vascosfranceses, madre maestra, padre empleado bancario, un hermano mayor que fue cura y rector de un colegio católico, ella misma maestra.

Podría, si no fuera por algunos cortocircuitos: si no fuera por las visitas que hacía de niña, “para estudiarla”, a su tía María, “la tía loca”, que vivía en una casa que destrozó arrojando a las paredes baldazos de agua; si no fuera porque en la adolescencia empezó a vestirse de negro, a lavarse sólo con jabón para la ropa después de leer que “a los tibios los vomita el Espíritu Santo”; si no fuera porque empezó a estudiar filosofía a los 18 pero se enamoró de un hombre casado y, para sacárselo de la cabeza, se fue a vivir a Rosario, a cuatro horas de la capital, y terminó los estudios allí; si no fuera porque su hermano murió en un ac-



La escritora Hebe Uhart. Foto: Marcelo Genlote

cidente de auto, a los 27 años, y porque esa fue la primera de varias muertes que seguirían con la de su padre, la de su tía María, que sumieron su casa en una opresión que la hizo huir con lo primero que pasaba por ahí, y lo primero que pasaba por ahí fue un hombre alcohólico.

“Noto una repercusión mayor de mi trabajo, pero no me da mucho placer. Tengo más vanidad con mis plantas que con eso”

“Hay una edad para todo y sé que mi culminación ya pasó. Me resigno a escribir lo mejor que pueda. Pero por ahí no puedo mucho”

—Ignacio. Empalmaba la borrachera de la noche con la de la mañana, empezaba el día con una copita. Después tuve otras parejas. Pero todos tenían *show*. Hombres con *show*. Y el *show* se paga.

—¿Qué son hombres con *show*?
—Son personajes y te fascinan por eso. Armando, de Tandil. Roberto, un administrador de consorcios que hubiera querido ser escritor. La parte intelectual funcionaba bien. Todo lo demás, un desastre. Él se iba con otras minas. Después volvía y me contaba. Eso me hacía sufrir.

Habla sin autoconmisericordia, con el mismo tono modesto y despreocupado que usa en sus crónicas para decir que un cacique de la pampa le parece “medio turbio”, o cuando cuenta que la artesana de Otavalo le sonó “resentida”, un adjetivo que muchos se cuidarían de usar.

Alternó su vida de estudiante de filosofía con un trabajo como maestra de colegio primario en escuelas raídas por la carencia más plena. En 1962, por insistencia de un amigo, publicó los relatos que escribía desde adolescente en un libro llamado *Dios, San Pedro y las almas*, en una editorial pequeña que, como varias de las que la publicaron durante décadas, ya no existe. Le siguieron, entre muchos otros, *Eli, Eli, lamna sabachtani* (1963, Goyanarte); *Camilo uscende* (Torres Agüero, 1987); *Mudanzas* (1995, Bajo la Lima Nueva, 1997); *Guiando la hiedra* (Simurg, 1997); *Señorita* (Simurg, 1999). Su nombre, durante todos esos años, circuló entre lectores enterados pero escasos. En 2003 una editorial mediana y prestigiosa, Adriana Hidalgo, se interesó por sus relatos y publicó *Del cielo a casa*. En 2008 la misma editorial publicó *Turistas*. En 2010, cuando llevaba 16 libros escritos, Alfaguara publicó, en la colección en la que aparecen los cuentos completos de Faulkner, Nabokov, Cortázar, Fogwill, sus *Relatos reunidos*. Para entonces se decía, utilizando el adjetivo como un elogio, que su literatura era naif. Ella nunca estuvo de acuerdo, quizás porque nada hay menos inocente que su forma de mirar. “Naif, como si una fuera medio tarada”, decía en una entrevista años atrás. “Yo no soy inocente. Lo que sí tengo es esa veta medio optimista”. Su libro *Un día cualquiera*, de 2013, es el último que podría entrar en la categoría de ficción.

8 EL PAÍS BABELIA 27.02.16

HISTORIA

Josep Maria Fradera “Las colonias tenían leyes de segunda”

El catedrático de Historia Contemporánea desentraña en más de 1.300 páginas el peso imperial en la construcción y desarrollo del Estado nación entre 1750 y 1918

Por José Andrés Rojo

DOS VOLUMENES, MÁS DE 1.300 páginas y un afán, el de contar la íntima vinculación de la nación moderna con los viejos imperios. “Si en este libro hay alguna lección es la de que la nación en Europa no se ha fraguado como comunidad y como proyecto político al margen de la transformación de los imperios”, dice Josep Maria Fradera (Mataró, Barcelona, 1952), catedrático de Historia Con-

temporánea en la Universidad Pompeu Fabra, investigador ICREA y con una larga experiencia como docente en el extranjero (Princeton, Chicago, Harvard, la EHSS de París). La idea inicial de este proyecto, en el que ha invertido unos 20 años de investigación, viene de lejos, de dos trabajos realizados en 1995 sobre colonialismo español en el siglo XIX, y ha terminado por concretarse en *La nación imperial (1750-1918)* (Edhasa), donde aborda también lo que ocurrió con Francia, Reino Unido y Estados Unidos.

PREGUNTA. ¿Cuándo cambia la relación entre la metrópoli y las colonias?

RESPUESTA. Es a mediados del siglo XVIII cuando el Estado metropolitano se hace mucho más intrusivo. Hasta entonces había dejado hacer, y eran los dirigentes de las colonias los que resolvían allí los problemas. Pero la maquinaria del Estado se vuelve más complicada y se implica en conflictos cada vez más costosos, sobre todo desde la guerra de los Siete Años (1756-1763). Es entonces cuando se pide a las colonias más recursos.

P. Y las colonias se rebelan.

R. Sí, ahí está la revuelta de las 13 colonias de América, por ejemplo. Se le empezó a exigir más y entonces se rompió el pacto colonial que venía de antiguo y que funcionaba por alejamiento: no pedimos mucho pero tampoco nos obliguéis a demasiado. Cuando el Estado les sube los impuestos, las colonias reclaman bajo la fórmula de *no taxes without representation*. Quieren defender sus intereses en los centros imperiales.

P. En Cádiz están las colonias.

R. Los primeros liberales españoles convocaron a esas Cortes a representantes del mundo americano y del filipino. Llaman, eso sí, a los libres, porque había otros, los esclavos. Pero los americanos caen en el resentimiento cuando perciben que los llamaron en pie de igualdad, pero luego los legisla-

dores peninsulares fueron ingeniando tretas para tener al final la sartén por el mango.

P. Así que aquel proyecto surge ya con un montón de excluidos.

R. Hay muchas maneras de entender el paso de una monarquía con derechos particulares a un sistema de derechos y representación única en un cuerpo político que es el de la nación. Ese paso siempre es problemático. Y se producen muchos retrocesos: hay

hombre y del ciudadano en Francia. Y desde entonces esas palabras resuenan en todo el mundo. Pero eso no significa que se conviertan en una realidad de hecho. Lo esencial es comprender que la nación que se está fraguando en Europa como comunidad política no puede entenderse al margen de la transformación de los imperios.

P. ¿Cómo consiguen mantenerse?

R. Cuando los liberales recuperaron el poder en España hacia 1837 prepa-

pararon una nueva Constitución, y volvieron a llamar a los coloniales que quedaban: Cuba, Puerto Rico, Filipinas. Los criollos cubanos, presionados por las exigencias presupuestarias de las reformas de Mendizábal, protestaron. Así que los echaron de las Cortes y aprobaron una nueva Constitución que estableció que las colonias iban a ser gobernadas por leyes especiales. Esta es la madre del cordero.

P. ¿El cambio esencial se produce entonces en España?

R. No, ya en la Constitución que Francia aprueba en 1799 se dice que las colonias serán gobernadas por leyes especiales. Se deja sin voz a las colonias en las metrópolis en el mismo momento en que se afirma la nación liberal.

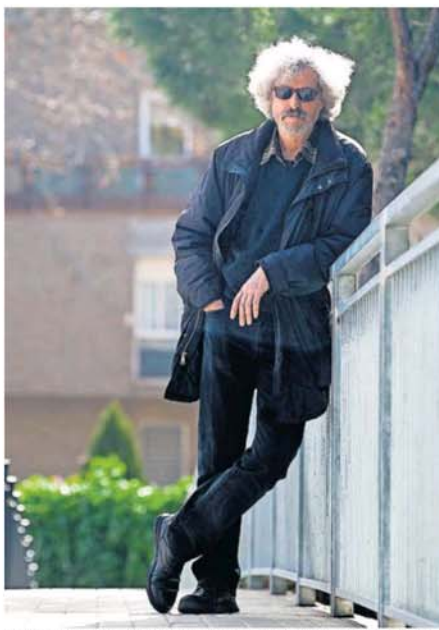
P. ¿Qué significa eso?

R. Por lo pronto, que en las colonias quien gobierna es el brazo militar y que se forja una legislación colonial que en la metrópoli sería escandalosa. Consideran que las colonias son demasiado diferentes, por cultura y religión, y que por eso allí no pueden funcionar las leyes de la metrópoli. Matan dos pájaros de un tiro: se disuelve la idea de que coloniales y metropolitanos son iguales, algo que había provocado la revolución de Haití por ejemplo, y se evita el viejo “¿qué hay de lo mío?”, que funcionaba cuando las colonias enviaban sus representantes a la metrópoli para defender sus intereses.

P. Es lo que llama la nación imperial.

R. Exacto, es la lógica que se impone a mediados del siglo XIX. Hay un ámbito metropolitano, donde manda el Parlamento y las leyes constitucionales, y donde el Estado-nación exige un horizonte de igualdad. Pero eso no llega a las colonias. Allí manda el poder ejecutivo y se opera con una legislación de segunda. •

La nación imperial (1750-1918). Josep Maria Fradera. Edhasa. Barcelona, 2015. 1.392 páginas, en dos volúmenes. 75 euros.



Josep Maria Fradera, esta semana en la Universidad Pompeu Fabra. Foto: Juan Barbosa

“Se producen retrocesos: hay Constituciones de principios de siglo más liberales que las que vendrían después”

Constituciones de principios de siglo que son más liberales que las que vendrían después.

P. ¿Cómo se produce ese cambio?

R. Las guerras napoleónicas muestran que las ideas de igualdad, libertad, derechos y representación son explosivas. Esa es la clave del mundo contemporáneo, que existen derechos. Todos los hombres nacen libres e iguales y merecen seguir siéndolo: eso se dice en la declaración de independencia de Estados Unidos y en la de los derechos del

Los 20 relatos de impronta autobiográfica culminan con un largo monólogo interior de una mujer donde Uhart capta sin complacencia ni desprecio el mundo de una persona común: “No suspendo el tiempo en función de algún hecho central en el que antes ponía todas mis fantasías; ahora es como si todo fuera importante e irrellevante a la vez. Y si el tiempo se ha adueñado de mí, me parece que me he hecho a la vez más dueña del tiempo. Ojalá que me dure”. En 2015, Carlos Pardo escribía en *Babelia* acerca de ese libro: “(...) cada frase de Hebe Uhart es una lección de certeza y la evidencia de que es una de las mejores escritoras de nuestro idioma”.

—Vos notás una repercusión mayor de tu trabajo ahora?

—Sí. Pero no me da mucho placer. Tengo más vanidad con mis plantas que con eso. Si alguien me elogia las plantas me pongo contenta. Pero si alguien me elogia los cuentos, no. Hay una edad para todo y yo sé que mi culminación ya pasó. Ahora me voy a resignar a escribir lo mejor que pueda. Pero por ahí no puedo mucho.

—¿No es duro saber que lo mejor que ibas a hacer en tu vida ya lo hiciste?

—Pero a mí me quedan cosas para ver.

Lo que lleva, una vez más, a ese movimiento que hizo que, pasados los 70 años, Hebe Uhart comenzara a tejer su propia versión de *On the Road*.

Siempre fue una gran viajera —se fue a los 19 en barco mercante a Ushuaia, a los 20 a Perú por tierra—, pero empezó a escribir crónicas de viaje en el suplemento cultural del diario *El País* de Montevideo, mientras daba clases como profesora de filosofía en la universidad, y en un taller literario que todavía dicta (y que es uno de los más codiciados de Argentina). En 2011, varios de aquellos textos fueron reunidos en *Viajera crónica* (Adriana Hidalgo), luego en *Visto y oído* (Adriana Hidalgo, 2012) y finalmente en *De la Patagonia a México* (Adriana Hidalgo, 2015).

Pero si en las primeras crónicas se advertía cierta improvisación —llegaba a un pueblo cualquiera, hablaba con el primero que pasaba—, en *Visto y oído* y *De la Patagonia a México* se puede ver el recorrido con intención, las lecturas previas, aunque el método Uhart de ir donde la lleva el viento aparece una y otra vez, como cuando en la crónica sobre su paso por la feria de Guadalupe, incluida en *De la Patagonia a México*, le dice a una de las muchachas destinadas para asistirle que quiere visitar la casa de algún ciudadano común. La chica le ofrece ir a la de su abuela. Cuando llegan, Hebe le dice: “Qué casa cómoda”. Y la mujer le contesta: “Está mal construida”. Hebe le pregunta si tiene animales, y la mujer le dice que nunca le gustaron. Esa charla, en apariencia frustrante, le permite escribir una frase que resume toda su capacidad de observación: “Yo creo que está furiosa pero a la manera mexicana, o sea, con disimulo”. Ahora, su nombre circula por toda Latinoamérica, y la invitan a congresos y ferias de libros que terminan plasmados en textos como *Azul*: “En el congreso (...) escucho cosas un tanto desconcertantes, por ejemplo que después de Borges no podemos leer con inocencia, y no sé a qué se refiere, el que lo dice ni lo explica”.

—Tu taller está muy requerido.

—Sí, porque la gente no discrimina. Como me volví medio famosa, quieren venir. Es medio fastidioso. Dicen: “Queremos estar con ella”.

—Pero es un buen momento para vos.

—Sí. ¿Viste mi balcón? Veni que te muestro las plantas. •

Un día cualquiera. Hebe Uhart. Alfaguara, Madrid, 2015. 174 páginas. 16,90 euros.

Del cielo a casa. Hebe Uhart. Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2013. 192 páginas. 12,50 euros.